

LA UNIDAD CATÓLICA

PERIÓDICO SEMANAL

ÓRGANO DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO

CON LA COLABORACION

DE LOS

SRES. AGUILÓ, LAFUENTE, MUÑOZ Y GARNICA, VIVES,
MAURA D. J., MAURA D. M. Y RUBIÓ.

—
TOMO III.
—

PALMA.

Imprenta de Felipe Guasp y Vicens.

1872.

LA UNIÓN CATORCENA

PERIÓDICO SEMANAL

ÓRGANO DE LA ASOCIACION DE CATORCENOS

Bajo la dirección de

D. JOSÉ MARIA GUADRADO

CON LA COLABORACION

DE LOS

SRES. AGUILO, LAPUENTE, MUÑOZ Y GARRICA, VIVES,

MATEA D. L., MATEA D. M. Y RUBIO.

TOMO III

PALMA

Imprenta de Felipe Gassp y Vicens

1872

ÍNDICE DEL TERCER TOMO.

Los artículos de redacción llevan las iniciales del apellido de sus respectivos autores los Sres. Quadrado, Aguiló, La Fuente, Muñoz y Garnica y Vives, es decir la Q, la A, la F, la M, ó la V: en los de los colaboradores mas recientes se pone el nombre entero.

	Pág.		Pag.
NÚM. 105.		NÚM. 116.	
El interés como principio social, art. I.—Q.	1	La Iglesia siempre militante, art. III.—Q.	89
Conferencias cuaresmales: 1. ^a la certeza y la fé.— J. MAURA	3	La moral católica por Manzoni, traduccion de D. Bar- tolomé Muntaner: introduccion.	91
Crónica.	7	Mes de mayo consagrado á Maria por Quadrado.—A.	94
Extracto de las conferencias de la asociacion: <i>la liber- tad del hombre en su esencia</i> , por el P. Coll.	8	Extracto de las conferencias: <i>el magisterio de la Igle- sia</i> , por D. Magin Vidal Pro.	95
NÚM. 106.		Crónica.	96
El interés como principio social, art. II.—Q.	9	NÚM. 117.	
Conferencias cuaresmales: 2. ^a los misterios de la cien- cia y los de la fé.—J. MAURA	11	El ateismo del estado, art. I.—JUAN MAURA.	97
Crónica.	15	Pentecostés, poesia, traduccion de Manzoni.—Q.	99
NÚM. 107.		La moral católica, cap. I y II.	100
El interés como principio social, art. III.—Q.	17	Crónica.	104
Conferencias cuaresmales: 3. ^a la fé explica los miste- rios de la ciencia.—J. MAURA	19	NÚM. 118.	
Himno á S. José.—Q.	22	El fin de un acto.—A.	105
Crónica.	23	La moral católica, cap. III.	108
Extracto de las conferencias de la asociacion: <i>el misti- cismo en el arte cristiano</i> , por el Sr. O'Neille.	24	Crónica.	112
A los diputados á cortes como miembros de la asociacion	id.	NÚM. 119.	
NÚM. 108.		El ateismo del estado, art. II.—J. MAURA.	113
La cruz, art. I.—A.	25	Secuencia del Corpus, traducida en verso.—Q.	115
Conferencias cuaresmales: 4. ^a la fé explica los miste- rios morales.—J. MAURA.	27	Encíclica del papa de 15 mayo 1871.	116
Crónica.	31	Extr. de las conferencias: <i>el trabajo</i> , por el Sr. Alcover.	119
Extracto de las conferencias de la asociacion: <i>los cató- licos en los negocios civiles</i> , por el Pro. Cabrer.	32	Crónica.	120
NÚM. 109.		NÚM. 120.	
La cruz, art. II.—A.	33	<i>Dies Petri</i> .—A.	121
La Pasion, poesia, traduccion de Manzoni.—Q.	35	La moral católica, confirmacion del cap. III.	124
Conferencias cuaresmales: 5. ^a resumen y conclusion. —J. MAURA.	36	Encíclica del papa de 4 de junio 1871.	126
Extracto de las conferencias de la asociacion: <i>reciproca influencia de la religion y la literatura</i> , por Aguiló.	40	Crónica.	128
NÚM. 110.		NÚM. 121.	
La cruz, art. III.—A.	41	Dias de gloria —A.	129
La procesion del jueves santo.—A.	43	La moral católica, conclusion del cap. III, y cap. IV.	132
La Resurreccion, poesia, traduccion de Manzoni.—Q.	45	Extracto de las conferencias: <i>la Iglesia protectora del arte cristiano</i> , por el Sr. O'Neille.	134
Crónica.	47	Crónica.	136
Extracto de las conferencias: <i>la familia cristiana, el niño</i> , por D. M. Maura	48	NÚM. 122.	
NÚM. 111.		El ateismo del estado, art. III.—J. MAURA.	137
El interés como principio social, art. IV.—Q.	49	El jubileo pontificio en Palma, art. I.—A.	139
¡Alto! carta XIII.—F.	51	La moral católica, cap. V y VI.	141
Crónica.	54	Crónica.	144
Necrologías del pintor D. Agustin Buades y del pres- bítero D. Cayetano Seguí.—Q.	56	NÚM. 123.	
NÚM. 112.		Atraccion y repulsion.—Q.	145
El interés como principio social, art. V.—Q.	57	El jubileo pontificio en Palma, art. II.—A.	147
Un discurso á las nuevas conferencias de S. Vicente.	59	Crónica: el aniversario pontificio en Roma.	150
Jornada de Villalar; muerte de los gefes comuneros—Q.	62	NÚM. 124.	
Crónica.	63	Dos reyes en una corte.—Q.	153
Extracto de las conferencias: <i>Jesucristo camino, verdad y vida</i> , por D. Buenaventura Barceló.	64	La moral católica, cap. VII.	155
NÚM. 113.		Crónica: el aniversario pontificio en Roma.	158
Inútiles enseñanzas de la historia.—A.	65	NÚM. 125.	
Segundo paralelo entre el clero católico y el protes- tante: las misiones de la China.—RUBIÓ.	68	Ciudades en el aire, art. I.—M. Y G.	161
Crónica.	72	La moral católica, continuacion del cap. VII.	164
Extracto de las conferencias: <i>la igualdad</i> , por el P. Coll.	id.	Orillas del Sena, poesia.—TERONJÍ.	166
NÚM. 114.		Crónica.	167
La Iglesia siempre militante, art. I.—Q.	73	NÚM. 126.	
L'hereu d'una corona, poesia.—A.	75	De las probabilidades de una restauracion general.—Q.	169
La vela del Santísimo.—A.	78	La moral católica, conclusion del cap. VII.	172
Programa para celebrar el 25. ^o aniversario del ponti- ficado de Pio IX.—Gran fiesta á S. José.	80	Carta del episcopado aleman sobre la declaracion de la infalibilidad pontificia.	174
NÚM. 115.		Crónica.	175
La Iglesia siempre militante, art. II.—Q.	81	NÚM. 127.	
Segundo paralelo entre el clero católico y el protes- tante: las misiones de la Oceanía.—RUBIÓ.	83	La cuestion religiosa en el programa progresista.—Q.	177
Discurso del obispo de Jaen en el senado.	86	La moral católica, cap. VIII.	179
Crónica.	87	Crónica.	182
Extr. de las confer.: <i>la propiedad</i> , por el Sr. Sampol.	88	NÚM. 128.	
		Ciudades en el aire, art. II.—M. Y G.	185
		La nave de la Iglesia, poesia.—RUBIÓ.	187
		La moral católica, conclusion del cap. VIII.	189
		Crónica.	191
		NÚM. 129.	
		Destino de la España católica.—V.	193
		La moral católica, cap. IX.	196
		Crónica.	199
		NÚM. 130.	
		La Prusia infiel á su mision.—Q.	201
		La moral católica, continuacion del cap. IX.	203

Cnciclica de Su Santidad de 5 agosto 1871.	205	La moral católica, conclusion del cap. xvii.	323
Erónica.	206	Crónica.	325
NÚM. 131.			
Desengañados mas no convertidos.—Q.	209	Extracto de las conferencias: <i>armonia de las clases so-</i> <i>ciales</i> , por el Sr. Massanet. Fiesta de la Concepcion.	327
La moral católica, conclusion del cap. ix.	211	NÚM. 146.	
Situacion del papa descrita por el obispo de Avila.	214	El pesimismo.—Q.	329
Crónica.	215	La derrerera besada, 1315, poesía.—A.	332
NÚM. 132.			
La ciudad de los papas, art. i.—M. y G.	217	La religion en las instituciones políticas, art. i.—A.	333
El nombre de Maria, poesía, traduccion de Manzoni—Q.	220	Crónica.	334
El sepulcro de S. Ambrosio, carta de Cesar Cantú	222	Extr. de las conf. <i>los frailes en el siglo xix</i> , por M. Maura	335
Crónica.	223	NÚM. 147.	
NÚM. 133.			
El socialismo y la sociedad —Q.	225	Males y remedios de la época: V, los tres periodos.—Q.	337
Una peregrinacion a Santiago: carta xiv.—F.	227	Navidad, poesía, traduccion de Manzoni.—Q.	339
La moral católica, cap. x.	230	La moral católica, cap. xviii.	340
NÚM. 134.			
La ciudad de los papas, art. ii.—M. y G.	233	Crónica.	343
La moral católica, cap. xi.	237	Extracto de las conferencias: <i>los frailes reclamados por</i> <i>el siglo xix</i> , por D. M. Maura.	id.
Crónica.	238	NÚM. 148.	
NÚM. 135.			
Un trienio revolucionario.—Q.	241	Cuentas pendientes de 1871.—Q.	345
La moral católica, cap. xii.	243	La moral católica, cap. xix y último.	347
El valor católico en los Estados-Unidos.	245	El año nuevo, poesía, traduccion de Lamartine.—Q.	349
Asamblea católica de Maguncia.	246	Crónica.	350
Crónica.	248	Extracto de las conferencias: <i>el principio de autoridad</i> , por el Sr. Quint Zaforteza.	351
NÚM. 136.			
Reconciliaciones y fusiones.—Q.	249	NÚM. 149.	
El pilar de Zaragoza.—Q.	252	Males y remedios de la época: VI, medicinas desvir-	353
Crónica.	255	tuadas.—Q.	355
NÚM. 137.			
Question vital del clero.—V.	257	La religion en las instituciones políticas, art. ii.—A.	357
La moral católica, cap. xiii.	259	Crónica.	357
Crónica.	263	Extracto de las conferencias: <i>la libertad regida por la</i> <i>moral divina</i> , por el Sr. O'Neill.	359
NÚM. 138.			
La lucha de los partidos.—A.	265	NÚM. 150.	
La ley del progreso, art. i.—J. MAURA.	268	Disidencias políticas y dinásticas.—Q.	361
El 25 de octubre 1349, poesía.—A.	270	La religion en las instituciones políticas, art. iii.—A.	363
Crónica.	271	Crónica.	365
NÚM. 139.			
El fin de los cismas.—Q.	273	Tercer aniversario de la instalacion de la sociedad.	368
La ley del progreso, art. ii.—J. MAURA.	275	NÚM. 151.	
La moral católica, cap. xiv.	277	Males y remedios de la época: VII, trasform. social.—Q.	369
Crónica.	280	A la <i>Constancia</i> .—Q.	371
NÚM. 140.			
Males y remedios de la época: I, adelantos y sufri-	281	Separacion de la Iglesia y del estado; carta xvi.—F.	372
mientos.—Q.	281	Carta de Dupanloup sobre su renuncia de académico.	374
La moral católica, conclusion del cap. xiv, y cap. xv.	283	Crónica.	376
Esposicion del cabildo de Ibiza.	286	NÚM. 152.	
Crónica.	288	Dios en la cristiandad como el papa en el Vaticano.—Q.	377
NÚM. 141.			
Males y remedios de la época: II, el alma enferma.—Q.	289	Trabajo.—M. MAURA.	379
La moral católica, conclusion del cap. xv.	291	El ladron de lo suyo y el dueño de lo ageno.	382
Preconizacion de obispos y alocucion del papa.	293	Crónica.	383
Crónica.	295	Extr. de las conf. <i>sufrimiento en las pruebas</i> , por el P. Coll	384
Extr. de las confer.: <i>el matrimonio civil</i> , por M. Maura.	296	NÚM. 153.	
NÚM. 142.			
La Internacional ante las cortes.—Q.	297	Males y remedios de la época: VIII, deberes morales	385
Los congresos católicos; carta xv.—F.	300	en tiempos de transicion.—Q.	385
Crónica.	303	Las virtudes teologales socialmente consideradas: ar-	387
Extr. de las conferencias: <i>la Inquisicion</i> por D. M. Maura	304	tículo i, sin fe no hay ciencia.—V.	387
Suscripcion del dinero de S. Pedro.	id.	Esposicion del arz. de Valladolid sobre la calificacion	389
NÚM. 143.			
Las asociaciones religiosas ante las cortes.—Q.	305	de naturales dada á los hijos de matrimonio.	389
La moral católica, cap. xvi.	308	Crónica.	390
Crónica.	310	Extracto de las conferencias: <i>reciproca influencia de la</i> <i>religion y la literatura</i> , por el Sr. Aguiló	391
Extracto de las conferencias: <i>reciproca influencia de la</i> <i>religion y la literatura</i> , por el Sr. Aguiló.	311	NÚM. 154.	
NÚM. 144.			
Males y remedios de la época: III, los vinculos rela-	313	Males y remedios de la época: IX, prevenir y refor-	393
jados.—Q.	313	marse.—Q.	393
La moral católica, cap. xvii.	315	Las virtudes teologales socialmente consideradas: ar-	395
Circular del presidente de la Asociacion de Católicos	318	tículo ii, sin esperanza no hay dicha.—V.	395
de Barcelona, Sr. Coll y Vehí.	318	Constanza de Aragón, poesía.—A.	397
Extr. de las conferencias: <i>los frailes</i> , por D. M. Maura.	320	Crónica.	399
NÚM. 145.			
Males y remedios de la época: IV, origen de la en-	321	Extr. de las conferencias: <i>los jesuitas</i> , por D. M. Maura	id.
fermedad.—Q.	321	NÚM. 155.	
NÚM. 156.			
NÚM. 156.			
La bandera y la posicion.—Q.	409	Problemas para todos.—Q.	401
La beneficencia pública.—RUBIÓ.	412	Las virtudes teologales socialmente consideradas: ar-	403
Crónica.	414	tículo iii, sin caridad no hay sociedad.—V.	403
Extr. de las confer.: <i>fortaleza cristiana</i> , por el P. Coll.	416	Crónica.	405
NÚM. 156.			
La bandera y la posicion.—Q.	409	Extracto de las conferencias: <i>armonia de las clases</i> <i>sociales</i> , por el Sr. Massanet.	407
La beneficencia pública.—RUBIÓ.	412	NÚM. 156.	
Crónica.	414	La bandera y la posicion.—Q.	409
Extr. de las confer.: <i>fortaleza cristiana</i> , por el P. Coll.	416	La beneficencia pública.—RUBIÓ.	412

Hay colecciones completas de los tres tomos para los que deseen adquirirlas.

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL INTERÉS COMO PRINCIPIO SOCIAL.

I.

El ansia de riquezas es tan antigua y constante en el mundo como el deseo de la felicidad, para la cual se han considerado vulgarmente como el medio mas seguro, á pesar de las elocuentes máximas y disertaciones de moralistas y filósofos, y de los prácticos y continuos desengaños de la experiencia todavía mas elocuentes. El becerro de oro, adorado por los israelitas en el desierto y formado de sus mismas joyas, simboliza perfectamente el culto que las pasiones y los instintos materiales del hombre han tributado en todos tiempos y países á ese metal que les promete satisfaccion y hartura; y para denotar esta especie de universal idolatría, el príncipe de los poetas latinos no halló para la *hambre del oro* mas epíteto que el de *sagrada*, aunque en otro sentido se interpreta por execrable. Pero la apoteosis vergonzosa que la codicia antiguamente compartía con tantos vicios y malas inclinaciones, hoy la reserva exclusivamente para sí, celosa del poderío de las demás; para ella sola hay homenajes y altares. Los otros ídolos que un tiempo igualaban ó neutralizaban su crédito, yacen abandonados en sus templos ó han tenido que subordinarse á su influencia; y el reino de las pasiones, de anárquica república que antes era en que todas alternativamente mandaban y prevalecían, se ha trocado en unidad despótica con que el interés lo tiraniza

todo, permitiendo solo funcionar á las demás como fuerzas secundarias y agentes subalternos. El oro ha venido á ser el flúido eléctrico, la fuerza mecánica que pone en movimiento la gran máquina social, impulsando sus ruedas y trastornándolas hartas veces: las facultades, los sentimientos, las virtudes mismas se ha intentado someterlas á su ignoble justiprecio; los deseos y los esfuerzos de la actividad humana ya no lo toman por medio auxiliar sino por objeto supremo y absoluto. Destinado solo por su valor convencional á ser el vehículo de comunicacion entre los servicios é intereses recíprocos, como lo es el lenguaje respecto de las ideas, ha llegado en nuestros dias á formar el fondo del mismo pensamiento, el móvil y la esplicacion de aquellos servicios, y no ya el signo externo sino el principio íntimo de sociabilidad.

Así pues, no es únicamente á arraigadas creencias, á sentimientos generosos, á poderosas fuerzas de concentracion y unidad, á las cuales ha sustituido el interés su accion efímera y disolvente; casi por entero ha reemplazado tambien á los elementos de desorden, á las resistencias individuales, á las pasiones violentas que antes agitaban la sociedad cual vientos encontrados, ó por decirlo mejor, las ha absorbido en su seno comunicándoles un carácter mas abyecto y materialista. Ha heredado el ascendiente de los vicios lo mismo que el de las virtudes, asumiendo sobre sí la responsabilidad de todo el mal, así como

jaactanciosamente se ha declarado autor y fin de todo bien. El fanatismo ya no inflama los ánimos en furor sombrío é inexorable, la ambición ya no se empeña en combates á muerte á cada grada que sube, el orgullo ya no se eleva gigantesco y satánico sin buscar en su austera desnudez otro realce que su misma grandeza; ya no hay disensiones y luchas que el interés no engendre y que el interés no termine con su mediación omnipotente; ya no hay encono que le resista, ni venganza que no desarme. Las pasiones mas irascibles y vehementes han perdido aquel carácter de valor, de energía y de abnegación en cierto modo que en otros tiempos desplegaban, ó buscan satisfacción por medios menos peligrosos; y aun los deseos y goces de los sentidos no se esplayan con su habitual imprevisión y abandono: tambien gozando se ha aprendido á calcular, y los placeres con frecuencia se convierten en negocios. Con el bien y con el mal, con la verdad y con el error, con las opiniones y principios, con las ideas y los afectos, con todo se trafica, con todo se especula, todo ha degenerado en objeto de mercancía.

Quando semejantes síntomas aparecen en las naciones, es que las creencias han desaparecido, es que las grandes ideas y los grandes sentimientos no ejercen ya influencia, es que bajo el oropel de una refinada cultura y en el seno de una paz engañosa caminan á terribles catástrofes, en las cuales ó fallecen ó se regeneran. El hierro preside á su infancia, el oro á su decadencia: en los estados naciéntes predomina la fuerza, en los decrepitos la riqueza; la una asegura su independencia ó dilata sus conquistas, la otra enerva su poderío y destruye su libertad; y la violencia y abusos de aquella son menos de temer que la corrupción introducida por esta. La historia de todos los pueblos no presenta otra cosa que la repeticion de este círculo fatal invariablemente recorrido: la corrupción tras de las riquezas, y tras de la corrupción el despotismo ó la anarquía. Mas ni siquiera alcanzan estas á procurar el sosiego material que tanto les conviene; y las épocas en que reina el

lujo y la codicia señálanse tambien como las mas turbulentas y sanguinarias. Menos talvez costaron á Roma sus ambiciosas conquistas en los buenos tiempos de la república, que las proscripciones de Mario y Sila y las guerras civiles de sus últimos dias. No, el interés no está reñido con el desorden, ni la voluptuosidad con la barbarie; no siempre la paz es compañera del positivismo, ni las pasiones son menos desastrosas por haberse tornado mas cobardes y utilitarias. Para encontrar escenas de horror y esterminio, no hojeeis las primeras sino las últimas páginas de los anales de un pueblo; no las busqueis en sus tiempos de rudeza y parsimonia, sino en el apogeo de su fausto, de su molicie, de su presuntuosa civilización.

A nuestra costa lo estamos viendo, y plegue á Dios evitarnos para en adelante un testimonio mas elocuente y formidable de esta verdad. Ved ahí al interés erigido en árbitro y regulador del universo; ¿dónde está el orden, dónde la paz, dónde los beneficios de su reinado? ¿dónde la mejora de condiciones, dónde la concordia de voluntades, dónde el equilibrio de clases y fortunas, la seguridad y fuerza de los gobiernos, la prosperidad y dicha de los gobernados? Como los tiránicos usurpadores que temen de su propia sombra, vive el interés en continua alarma y prevención contra sí mismo, recelando ser arrollado por la fuerza que empleó; y apto solo para adquirir, impotente para conservar, vé fluctuando su posesion en una serie interminable de vicisitudes y despojos. Mientras se mantuvo en sus justos límites, regulado por la moralidad, templado por el espíritu de caridad ó de sacrificio, encerrado dentro del organismo social, fué un elemento de orden y un principio de movimiento y vida que fecundaba lo nuevo y aseguraba lo antiguo, y lejos de dividir atraía y enlazaba: ahora empero desbordado del cauce del deber, frenéticamente estimulado por funestos sistemas y peores ejemplos, sin freno, sin contrapeso alguno, erigido de siervo dócil en soberano brutal, tala los campos que antes regaba, quiebra la máquina que antes movía, destruye la presa

á que se arroja con salvaje impetuosidad. Su imperio no puede ejercerse sino por la anarquía ó por el despotismo, anarquía si luchan entre sí los intereses individuales, despotismo si un interés solo se sobrepone y comprime á los demás.

Triste, pero merecida suerte de nuestra generacion! Cuando cansada de la fe, de la incredulidad y aun de la misma duda, trataba de apartar todas sus consideraciones y cuidados de las cosas del espíritu para cifrarlos en la materia, cuando trataba de olvidar lo pasado y lo futuro para esplotar mejor lo presente, descansando en el seno de sus goces y adelantos positivos, cuando creia haber estinguído las ideas y las pasiones que pudieran turbar en cualquier sentido su epicúreo reposo, héla aquí arrancada de su letargo por voces y alaridos cual nunca resonaron en las hordas mas salvajes, atacada en esta misma esfera en que se encerró, y amenazada del peligro mas tangible y material. No habia dejado en pié mas deidad que el interés, esperando que este seguramente obtendria todos los homenajes; pero contra esta deidad se levanta ya la herejía y socava la base de su pedestal, negando el dogma de la propiedad. Los nuevos adoradores que atrae de todos lados, no consienten que sus antiguos sacerdotes monopolicen por mas tiempo su culto; y entre los que poseen y los que codician, entre los saciados y los hambrientos, trábase una competencia que amenaza ensangrentar sus altares. Cuando se hablaba á las inteligencias en nombre de la libertad, pudo la razon al menos divinizarse á sí propia en el espantoso interregno del ateismo; pero si á nombre de la igualdad se invaden los bienes, ¿qué ídolo puede ya representar al dios de esta anárquica sociedad? Se le representará por el interés armado de la fuerza; pero entonces no se sabrá si figura al dueño que defiende su propiedad, ó al ladron que la acomete.

J. M. Q.

CONFERENCIAS CUARESMALES

POR EL PRO. D. JUAN MAURA (*).

CONFERENCIA PRIMERA.

LA CERTEZA Y LA FÉ.

Señores: La base del catolicismo es la fe en lo sobrenatural, es decir, la fe en un órden de cosas que la razon humana nunca pudiera alcanzar, ni columbrar siquiera, sin la luz de la revelacion. El hombre, de por sí y sin otros ausilios que los de la razon, puede levantarse al conocimiento de una causa primera, personal, inteligente y libre, de Dios en una palabra, creador de esa naturaleza en cuyo seno vivimos y cuya variedad, riqueza y hermosura nunca bastantemente admiramos. Esta idea, y todas las demás que derivan del estudio y reflexion; forman la suma de conocimientos naturales así llamados, porque el hombre con la sola luz natural de la razon puede adquirirlos. Pero la idea de un Dios, uno en esencia y trino en personas, la de la encarnacion, redencion y demás contenidas en el símbolo de la fe católica, constituyen lo que llamamos órden sobrenatural, porque la razon de por sí jamás se elevaria á este conocimiento. Ved aquí lo que se entiende por sobrenatural. Esta palabra no significa en lenguaje católico, como han dado algunos en imaginar, una doctrina incomprensible y rodeada de sombras de misterio; pues si tal únicamente significara, tendríamos que llamar sobrenatural á cuanto nos rodea, hasta á nosotros mismos, hasta al átomo que el viento agita, cuya naturaleza es un misterio tan incomprensible á nuestra corta y menguada razon como el dogma mismo de la Trinidad. Porque Dios, señores, ha dispuesto que el orgullo de la ciencia humana venga á estrellarse contra el pequeño átomo de polvo, como la furia del mar embravecido se estrella contra el débil grano de arena. Repito pues que sobrenatural no significa únicamente incomprensible, sino adquirido por otro medio que la razon, es decir, revelado por Dios al hombre.

Ahora bien, señores, lo que el catolicismo nos enseña como revelado por Dios, ¿lo es verdaderamente? ó en otros términos, lo sobrenatural existe realmente? ó es solo un parto de imaginacion fe-

(*) Es una gran satisfaccion para nosotros, como lo será sin duda para nuestros lectores, el publicar integra la serie de conferencias, que todos los miércoles de cuaresma dá en el templo, á la sociedad de Católicos y al escogido auditorio que le rodea, el jóven y distinguido sacerdote, que á tanta altura ha subido como filósofo y como orador sagrado desde el principio de su carrera.

cunda ó una simple ilusion, como otras muchas, del espíritu humano? Como quiera sea, prescindo en este momento de si á la fe corresponde ó no un objeto real fuera de nosotros: ilusion ó realidad la fe es un hecho incontestable, testificado por todos los que creemos en lo sobrenatural. Asentado este hecho, que es lo que á mi propósito cumple en este momento, paso á desarrollar mi tema, demostrando las relaciones de analogía que existen entre el acto del entendimiento que en el orden natural llamamos certeza, y esotro que en el sobrenatural y religioso se apellida fe.

¿Sabeis en que consiste la certeza, señores? Cruzaos de brazos; cerrad los ojos del cuerpo á esa luz material que nos rodea, y aplicad el ojo del alma á lo que en vuestro interior pasa. Si sois matemáticos, enunciad un axioma; si sois físicos ó naturalistas, recordad una ley de la naturaleza; quien quiera seais, proferid una de esas verdades inconcusas que sin contradiccion se admiten, como por ejemplo: «una cosa no puede á un mismo tiempo ser y no ser»; y luego al punto brotará en vuestra mente una luz clara y vivísima, y por un movimiento espontáneo de vuestra alma exclamareis: «¡así es! esta es la verdad!» Ved ahí, señores, la certeza. Es esa luz que brota en el entendimiento al simple contacto de una idea, ese impulso, esa atraccion que experimenta el alma hácia un objeto que se descubre allí en el fondo de la mente. ¿Queréis un ejemplo mas palpable, y digámoslo así, mas material? Pues interrogad á vuestra alma, preguntadle si existe ella misma, si existe algo fuera de ella, si es ilusion ó realidad ese mundo exterior que el ojo corporal tan clara y distintamente percibe, si es ilusion ó realidad esa luz que nos ilumina y calienta, y esos valles que se dilatan y estienden á nuestra vista, y esos montes que se levantan erguidos hasta las nubes, y esos espacios sin fin sembrados de centelleantes estrellas: y luego al punto el alma os responderá con el acento de la conviccion mas profunda: sí, existen. No la interrogueis de nuevo, no la importuneis preguntándole en qué funda esa conviccion tan íntima, porque á ella no ha precedido la reflexion; un movimiento instintivo, un impulso poderoso que parte del fondo de nuestro sér, lleva á nuestra mente el convencimiento, y la hace prorumpir en estas palabras: «estoy cierto de que yo existo; sé de cierto que existen los objetos que fuera de mí percibo.» Esto es la certeza, señores.

Pues ese mismo impulso irreflexivo, ese movimiento espontáneo de nuestra mente en un orden

superior de ideas constituye lo que llamamos fe religiosa. Preguntad á un cristiano: ¿crees en Dios Padre omnipotente y en Jesucristo su único hijo y en el Espíritu santo y en la santa Iglesia católica? Y ese cristiano, ora se llame Agustin, ora Tomas de Aquino, ora Pascal, Leibnitz ó Bossuet, ora sea el sencillo fiel, os responderá sin titubear y con el acento de la conviccion mas sincera: sí, creo. Ved ahí la fe religiosa. ¿Queréis saber, señores, la historia de nuestra fe? Oidla, pues.

Cierto dia reunió Jesus á sus discípulos y les dirigió esta pregunta: «¿qué es lo que dicen de mí los hombres?» Los discípulos le respondieron: «unos dicen que eres el Bautista, otros que Jeremías ó alguno de los profetas.» — «¿Y vosotros, replica Jesus, qué juicio formais de mi persona?» Pedro en seguida, como impulsado por una fuerza superior, cae súbitamente á los piés de Jesus y esclama: «Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.» Mas tarde el mismo Cristo por medio de Pedro interroga al culto y orgulloso romano, y este apenas oye la palabra de aquel humilde y desconocido extranjero, cuando dobla la rodilla ante la cruz y esclama: «creo en Dios padre omnipotente creador del cielo y de la tierra y en Jesucristo su único Hijo!» Interroga luego al bárbaro hijo del Norte, y este deponiendo sus hábitos salvajes y feroces instintos al pié de la cruz, prorumpe en estas palabras: «yo te adoro, ó cruz teñida en la sangre de Dios vivo.» Y en breve la humanidad entera, interrogada por Jesus responde con ternura: «Señor, vos sois mi Dios.»

Esta es en resúmen la historia de nuestra fe; el tiempo va añadiéndole cada dia nuevas y gloriosas páginas. ¿Veis al misionero católico, que impulsado por el noble deseo de humanizar al salvaje, aborda á inhospitalarias playas? Seguid sus pasos, y veréisle atravesar soledades desiertas y fragosas, cruzar peligrosos pantanos y arrostrar dificultades y fatigas, hasta unirse á la primera tribu salvaje que le sale al paso. A los pocos dias y cuando á penas si sabe pronunciar algunas frases inconexas de un lenguaje para él extraño y desconocido, planta en el suelo una tosca cruz, dirige algunas palabras al salvaje que le contempla sin desplegar los labios; y al acento de esta palabra misteriosa el hijo del desierto vé brillar en su mente un rayo de luz, y levantando los ojos al cielo é hincando la rodilla ante el símbolo de la redencion, cree y adora y espera.

¡Oh incrédulos del siglo diez y nueve! negais la verdad de la fe? No importa. En el seno mismo de nuestras sociedades europeas, cuyas creencias mi-

nais con vuestro racionalismo y vuestra duda, la inmensa mayoría postrada á los piés de Jesus repite las palabras de Pedro: «Tú eres Cristo hijo de Dios vivo.» Vosotros mismos al postraros en el lecho de la muerte experimentais no sé qué trasformacion; se refleja en vuestra mente no sé qué luz extraordinaria y misteriosa; lo que sí sé que ordinariamente exhalais vuestro postrer aliento con los labios pegados á un crucifijo, y que vuestra última frase suele ser esta: sí, Dios mio, sí, creo.

Y es muy digno de notarse, señores, que en este maravilloso fenómeno de la fe la razon desempeña un papel muy secundario; digo mal, la razon nada tiene que ver con el acto de la fe religiosa, la cual nunca es fruto del estudio ni resultado de la reflexion. San Agustín, Santo Tomas de Aquino, Bossuet y todos los grandes talentos cristianos, fueron antes creyentes que pensadores; y aunque se remontaran en alas del genio á las mas sublimes regiones de la ciencia teológica, al hacer un acto de fe descendian de aquellas alturas, hasta nivelar y confundir sus entendimientos con el del sencillo pueblo cristiano.

Así tambien en el órden de los conocimientos naturales los filósofos discuten y meditan y escriben largamente sobre el origen y fundamento de la certeza; pero al descender de la region de las especulaciones y teorías al terreno de la vida práctica, son como el comun de los hombres, y prescindiendo de la ciencia se guian por esa luz interior de la evidencia que aparece en nuestro espíritu al despuntar de la razon, y brilla con la misma intensidad y viveza en la mente ilustrada que en la ignorante, en la mente de Aristóteles y de Platon que en la del oscuro artesano que no ha saludado nunca la ciencia.

Entre vosotros los hay sin duda que oirán con extrañeza que haya sabios que consuman largas vigiliias para averiguar en qué se funda esa conviccion tan íntima, tan natural y espontánea que abruga nuestro espíritu acerca de ciertas verdades, como por ejemplo, la existencia de nosotros mismos y de los demás objetos que vemos con la vista y tocamos con las manos; los hay que ni siquiera hubieran nunca sospechado que cosas tan claras y sencillas fuesen objeto de las investigaciones de la ciencia. Pues bien; ¿creeis que los mas claros talentos y que mas profundamente han meditado sobre esas verdades, están mas ciertos, vean la propia existencia y la de los demás seres con mas claridad y viveza que vosotros, los que no habeis sido iniciados en los secretos de la ciencia? Ah! no, señores, que la cien-

cia no pocas veces sirve solo para estraviar á los talentos, haciéndolos caer en rídiculeces que el sentido comun desprecia solemnemente; que tambien en el órden natural se cumple á las veces aquella profunda sentencia de Jesucristo: «Bendígote, ó Padre mio, porque revelas estas cosas á los humildes y pequeñuelos, y las ocultas á los sabios orgullosos.» Y como quiera sea, estos al cerrar sus libros, al salir de sus gabinetes, se confunden con el resto de sus semejantes; al pasar á la vida real su ciencia carece de objeto por lo que toca á la certeza, pues no le añade un solo grado de lucidez ó intensidad, lo cual prueba que la certeza fundamental no es fruto del discurso.

Tampoco lo es la fe religiosa: así es como la discusion jamás ha sido poderosa á producir lo que llamamos acto sobrenatural de la fe. Pues es cosa muy comun ver á un incrédulo que no sabe qué oponer á las razones de un creyente ilustrado, ó á un católico sencillo que no sabe deshacerse de los sofismas de la incredulidad; con todo esto ni el primero adquiere la lumbrera de la fe, ni se menoscaba la del segundo. ¿La discusion quisierais que produjese la fe? Ah! señores, ¿sabeis qué es la discusion? Guizot ha escrito de ella estas notables palabras que la definen exactísimamente: «La discusion, dice, tiene el peligroso poder del Júpiter de Homero; reúne nubes debajo de las cuales desaparece la luz que se buscaba.» (Guizot *Medit. sur l'essenc. de la Relig.* tom. 1.) Hasta sabios hay que, habiendo hecho un estudio serio é imparcial del catolicismo, están científicamente convencidos de la bondad y excelencia de esta religion tan bella y sublime, y con todo permanecen separados de nosotros por un abismo que solo la fe puede llenar. Por eso os decia que la fe no es producto de la reflexion, ni se adquiere por los esfuerzos de la razon humana.

¿Qué es pues la fe? si no es la razon que discurre, si no es la razon que medita, que compara y deduce sus consecuencias, ¿qué es, en qué consiste la fe? Señores, es una grave equivocacion el imaginar que toda certeza sea engendrada en nuestro espíritu por la razon. Os he dicho ya que en la vida práctica ocurren á cada momento casos de esa certeza y conviccion que no es hija del raciocinio. Acercaos á ese rústico labrador que abre un sulco para depositar en la tierra la fecunda semilla, interrogadle acerca de la realidad de lo que pasa en su exterior; preguntadle si ese arado que empuña, si esa tierra cuyas entrañas visita con la reja, es pura ilusion de su fantasía ó realidad; de seguro que os mirará con asombro, os contestará con una

sonrisa expresiva, y pasando adelante continuará su penosa tarea con fe y perseverancia, sin que le asalte la duda, ni tenga que recurrir al raciocinio para apoyar su certeza ó arraigar su convicción.

Los que viven dados al honroso y agradable ejercicio de las letras, de las ciencias ó de las bellas artes, saben que hay momentos de feliz inspiración. Acontece á menudo que despleáis todo el vigor de vuestro espíritu, buscando la solución de un intrincado problema, ó aguzando el ingenio sobre un tema árido y dificultoso, ó bien tocando á todas las fibras del corazón y á todos los resortes de la fantasía, pidiendo imágenes y sentimientos para trasladarlos al lienzo ó al papel; pero todo permanece mudo. Vuestras fuerzas se han agotado ya, la cabeza está fatigada, la pluma ó el lápiz descansan sobre el papel; y os estais inmóviles con el codo en el bufete y la mano en la mejilla, con el corazón árido y la mente sumida en las tinieblas. Cuando héte aquí que una luz brilla súbitamente en vuestro entendimiento; ha dado la hora de la inspiración, se verifica el *est Deus in nobis* del poeta; vuestra alma descubre horizontes de luz, el corazón palpita con violencia, y la pluma corre ligera sobre el papel.

¿De dónde viene esta luz, señores? sale de las regiones de la razón? «Es un error, dice un insigne filósofo, el figurarse que los grandes pensamientos son hijos del discurso; este bien empleado, sirve algún tanto para enseñar, pero muy poco para inventar. Casi todo lo que el mundo admira de más feliz, grande y sorprendente, es debido á la inspiración, á esa luz instantánea que brilla de repente en el entendimiento del hombre sin que él mismo sepa de donde viene.» (Balmes *Criterio*, cap. 16.)

Niéguese en buen hora lo sobrenatural, gradúese á la fe religiosa de ilusión; no importa. Es un hecho innegable que ese sorprendente fenómeno, que en el orden natural de los conocimientos humanos llamamos inspiración, se reproduce con admirable analogía en otro orden de conocimientos. Acontece que un incrédulo estudia y medita una y cien veces sobre los dogmas de la fe católica; lee y relee cuanto sobre la materia se ha escrito, compara, consulta, pero nada; siempre el frío en el corazón, siempre la duda en la inteligencia. Cuando hé aquí que, sin saber cómo ni cómo no, experimenta en su alma cierta desazón, cierto malestar indefinible; de repente cae de rodillas, y con el corazón rebosando en ternura y los ojos arrasados de lágrimas, levanta las manos al cielo y exclama: ¡oh Dios mío! creo, creo!

Se me dirá: «hasta aquí solo has probado que existe cierta relación de analogía entre la certeza filosófica y la fe religiosa. Pero ¿á qué conduce todo esto? ¿qué prueba á favor de vuestra fe? ¿Quién será capaz de enumerar las ilusiones que padece nuestro espíritu, y que sin dejar de serlo conservan todas las apariencias de fenómenos reales? El desarreglo de las facultades mentales, la alteración de los órganos y otras mil y mil causas producen á veces en nuestro espíritu afecciones á las cuales nada real corresponde fuera de nosotros. ¿Quién nos asegura, pues, de que no se halle en este caso el acto del entendimiento que llamais fe religiosa?»

Aun cuando así fuera, señores, aun cuando concediéramos que es mera ilusión de nuestro espíritu ese sentimiento fuerte y poderoso que en casos dados engendra en nosotros la certeza y profunda convicción de la fe religiosa, digo que esa ilusión probaría la realidad de lo sobrenatural. Porque, notadlo bien, toda ilusión en cualquier género supone la realidad. ¿Creeis, sino, que el bruto experimentará nunca la ilusión de que habla ó piensa? Ciertamente que no, porque en el terreno de la realidad no puede lo uno ni lo otro. ¿Quién de vosotros ha padecido nunca la ilusión de que está dotado de un sexto sentido corporal, ó de una nueva facultad del alma distinta de las que tenemos conocidas? Nadie por cierto, porque ni aquel sentido ni esta facultad han existido nunca. La fe religiosa pues supone que existe en nosotros un instinto, un sentimiento, ó si así decirse puede, una organización espiritual que en circunstancias dadas produce aquel acto. Ahora bien; ni en nuestro cuerpo hay órgano alguno, ni facultad ni sentimiento alguno en nuestra alma, que no esté en armonía con un objeto real colocado fuera de nosotros. ¿Poseeis un órgano llamado de la vista, que os pone en comunicación con los seres corpóreos, que os trasmite la luz, los colores y otras cualidades del mundo de los cuerpos. En algunos casos particulares estas impresiones sean tal vez simple ilusión; pero por regla general es indudable que nos avisan de la realidad de los objetos del mundo exterior. ¿Percibís en el fondo de vuestra alma un sentimiento noble que os inclina á la amistad, al amor é íntima unión con vuestros semejantes? Pues estad seguros de que este sentimiento no es ilusorio, sino que fuera de vosotros existen objetos dignos de vuestra amistad y amor, objetos reales que pueden satisfacer dignamente aquel bello sentimiento. ¿Porqué pues, si reside en nuestro espíritu el sentimiento religioso, si existe un impulso, misterioso es verdad, pero real y sen-

sible, que nos mueve á creer en lo sobrenatural, á este impulso, á este sentimiento no ha de corresponder la realidad?

Lo he dicho, señores, y lo repito; el grave error de la incredulidad contemporánea consiste en que se dá desmedida importancia á la razon, suponiendo que esta facultad del alma es la base de todos los conocimientos humanos. Nosotros los católicos no le concedemos tanto á la razon, sin que por esto la menospreciamos. No, nosotros no menospreciamos la razon; nosotros descendemos todos los días con nuestra fe al campo de la ciencia, aceptamos allí el reto de nuestros adversarios y contestamos á sus agresiones con las mismas armas con que se nos provoca. Nuestra conducta bajo este punto de vista prueba dos cosas de suma importancia en la cuestion que nos ocupa: primera que el catolicismo ni menosprecia ni teme la razon; segunda que la fe no es una ilusion del espíritu humano, porque todas las verdades sobre que aquella versa pueden resistir el exámen de la razon y lo han resistido por espacio de mas de diez y ocho siglos.

En resumen, señores, ¿sabeis cuál es nuestra divisa? sabeis cuál es el mote que llevamos escrito en nuestro escudo? Es este: «*Crede ut intelligas: Cree y entenderás.*» Nosotros queremos que la fe preceda á la razon, para que esta guiada por la fe pueda desenvolver libremente su actividad y sus fuerzas. Y en este punto, como en todos los demás, está acorde con nosotros la mas alta filosofía; pues habeis visto en el discurso de esta conferencia que en el órden natural la certeza fundamental precede á la razon, pues no es resultado del discurso, sino hija de un movimiento natural y espontáneo de nuestra alma. Concluyo pues diciendo, que es necesario no olvidar nunca que cuantos han querido basar los conocimientos humanos en la sola razon han empezado por la duda y por la misma han terminado; que cuantos quieren fundar en la sola razon la religion y la moral, empiezan por la incredulidad y acaban por el ateismo. Esta es la historia del espíritu humano.

CRÓNICA.

El juéves anterior al miércoles de ceniza fueron recibidos segun costumbre por el papa los párrocos de Roma y los sacerdotes encargados de predicar la cuaresma. Pio IX les dirigió la siguiente conmovedora y tiernísima alocucion:

«El Señor de todas las cosas ha querido permitir todo lo que vemos y lamentamos estos días, y ha querido tambien que su vicario permaneciese firme en frente de los aconteci-

mientos que han cambiado el aspecto de la capital del mundo católico, de la cual puede decirse lo que en otro tiempo de Sion: *viæ ejus lugent.*

Y en verdad esta ciudad, por su naturaleza, por su privilegio de ser centro del catolicismo, manteniéndose siempre grave con dignidad, sin desdeñar honestas diversiones, conservaba su carácter de ciudad de los santos: pero ahora, ¿cómo ha perdido su brillo el oro precioso! La violencia, la injusticia, la fuerza, rompiendo las murallas, han penetrado en el lugar santo con una grande, tenebrosa y horrible nube de sicarios, asesinos y hombres sin religion y sin pudor. ¡Todo ha cambiado en pocos meses! No hay respeto para los ministros del santuario, que son insultados y escarnecidos; no hay respeto para las iglesias, algunas de las cuales son profanadas, manchadas por emisarios de Satan; y lo que es todavía peor, amenázase arrebatar á Roma el precioso tesoro de las comunidades religiosas y despojar enteramente á la Iglesia. Esta idea alimentan y la cumplirán pronto, si Dios permite que tengan tiempo.

En medio de tan espantosas catástrofes y de una tempestad tan fiera, ¿qué armas opondremos á los esfuerzos del infierno?

En los tiempos de la Roma pagana se dijo: Propio es de romanos trabajar y sufrir: *Agere et pati romanorum est.* Un padre de la Iglesia en una de las apologias que presentó á los perseguidores del cristianismo, que tambien hoy tiene perseguidores, aplicaba estas palabras á los cristianos y decia: *Agere et pati christianorum est.*

Ahora, al ver la conducta del pueblo romano, podemos repetir y decirle eso mismo: no á los adoradores de Júpiter y Mercurio, sino al pueblo romano que adora á Jesucristo y venera á la santísima Virgen y á los santos.

¿No es verdad esto? ¿No somos nosotros mismos testigos de todo lo que se hace aquí contra el mal? Se han constituido nobles asociaciones para proclamar y defender la verdad y aliviar la miseria, las iglesias son frecuentadas, se oye con avidez la palabra divina y los sacramentos se reciben con gran fervor. Yo no salgo; pero vosotros sabeis que esto es verdad, y conoceis todo lo que se hace en Roma para oponerse con hechos á la obra de la mentira y del vicio.

Por lo mismo que Yo no salgo, los párrocos y predicadores dirán á Roma que el papa no puede hacer mas que bendecir á ese pueblo para aprobar y alentar su conducta. Decidle que los padres de familia no deben aventurarse á llevar sus hijos á los teatros, donde se ofrecen espectáculos en que la religion y la moral son ultrajadas, y glorificadas la blasfemia y la inmoralidad. Tales lugares están prohibidos á toda familia cristiana, que no puede ser espectadora de acciones cuya representacion se dirige contra Dios y contra la fé, contra la Iglesia y contra toda ley sagrada. Decidle tambien que yo alabo y agradezco á los romanos que soporten, como lo hacen, los padecimientos que tienen que sufrir; como alabo y estoy agradecido á los empleados que en grandísimo número, para conservar el honor, la fidelidad y la conciencia, han preferido todas las privaciones á la traicion y á la felonía. Decidle que lo sé todo y que yo quiero bendecirlos, porque obran y sufren como verdaderos romanos.

Pero despues de tantas oraciones, ¿veremos al fin la aurora de paz? aparecerá pronto?

Que vendrá, es cierto; si será pronto, no lo sé, y no sé tampoco si tendremos que sufrir todavía otros dolores.

Yo me acuerdo de que cuando Judas, despues de haber tomado el pan que da la muerte á los malos y la vida á los buenos, abandonó la sala divina, divina por la presencia y la accion de Jesucristo, para apresurar el principio de la pasion, Cristo dijo: *Nunc clarificatus est Filius Hominis!* Podia haberlo dicho antes en toda verdad, por sus milagros, por su doctrina, por las profecias que habian tenido en él cumplimiento; pero entonces fué cuando lo dijo, porque solo entonces iba á ser glorificado por los clavos, por la cruz, por la muerte. Antes de ser glorificado por la resurreccion y ascension, quiso serlo padeciendo y muriendo en el Gólgota.

Nosotros tambien resucitaremos del abismo en que por permission divina se nos ha arrojado; pero ¿quién sabe si tendremos que sufrir todavía mayores tormentos? Seremos

ciertamente glorificados por una venganza digna de Dios; esto es, por una admirable conversión ó por un terrible castigo de sus enemigos.

Si, pero es preciso que perseveremos en la oración, pidiendo al Señor con confianza que llegue el día en que libres de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos marchando delante de él todos los días de nuestra vida, en la santidad y la justicia: *De manu inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi, in sanctitate et justitia coram ipso omnibus diebus nostris.*

El triunfo de Cristo es cierto, como la Iglesia lo dice en sus cantos y como está escrito cerca de aquí en el pedestal del obelisco del Vaticano. Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera; librenos de todo mal.

Oremos, oremos, uniendo á la oración una vida ejemplar y la resignación del alma. Él manda á la tempestad y la mar se calma.

Por lo demás siempre habrá males sobre la tierra, y por eso debemos pedir que en su victoria nos preserve de todo mal: *Defendat ab omni malo.*

Mientras tanto, roguémosle que nos llene de sus bendiciones, puesto que todavía no estamos libres de tantos males.

Bendiga el Señor vuestras palabras, y ojalá fructifiquen para bien del pueblo que las desea.

Bendiga vuestras acciones y vuestros ejemplos.

Bendiganos á todos durante los días que nos conceda en este lugar de destierro, y dénos fuerzas para caminar por esta espinosa senda en la que esperamos ver resplandecer una luz de misericordia, hasta que nos sea dado entregar para la eternidad nuestra alma en sus manos, diciéndole: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

El 17 de febrero se presentaron al papa los individuos de la nobleza romana. El príncipe Massimo leyó una protesta por medio de la cual los nobles romanos manifestaban su indignación por el recibimiento regio y entrada del príncipe Humberto: al pié de ella habia 157 firmas, 74 de varones y 83 de señoras. En su respuesta, y aludiendo á una obra titulada *¿Cuál será el porvenir de Europa?* el papa dijo: «Como dice bien un distinguido jóven en un notable escrito de reciente publicación, es preciso volver á los principios del *Syllabus*, tan mal acogidos cuando se proclamaron por primera vez; es preciso volver á los verdaderos principios del derecho y de la religión.»

Una carta de Florencia dice que el papa ha declarado esplicitamente á algunas potencias que le han consultado sobre la conveniencia de no tener en Roma mas que un representante para el Vaticano y el Quirinal, que por su parte no accedía á semejante proposición. De suponer es que las potencias que han hecho esa consulta, sean Portugal y si acaso España.

La infanta Isabel de Portugal ha llegado á Roma para llevar al papa las ofrendas de los católicos portugueses. Esta piadosa princesa es notable por su adhesión á la santa sede: en los días de amargura, acude como las Marías del evangelio al pié de la cruz.

A pesar de los cuidados y desastres de la guerra, Francia no ha cesado de dar pruebas de su amor al romano pontífice. Los periódicos católicos de la nación vecina vienen diariamente llenos de protestas y mensajes á Pio IX, y el *Univers* publica una lista de las diócesis que han protestado ya contra la invasión de Roma. Son hasta ahora las siguientes: «Aire, Aix, Annecy, Auch, Autun, Avignon, Besanzon, Bordeaux, Bayonne, Cahors, Cambay, Chambéry, Clermont, Contances, Grenoble, Laval, Lyon, Marseillé, Montpellier, Nantes, Nevers, Nimes, Périgueux, Poitiers, Quimper, Rodez, Saint-Brieuc, Saint-Jean de Maurienne, Tarbes, Tarentaise, Tours, Valence, Vannes, Viviers.»

El obispo de Orleans, antes de ir á ocupar su puesto para trabajar en la política conciliadora, que esta es segun se dice la que ha escogido, acaba de escribir al papa una magnífica carta de sumisión, llena de sentimiento y de energía.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LA LIBERTAD DEL HOMBRE EN SU ESENCIA.

Con admirable lucidez desarrolló su interesante tema el Rev. D. Miguel Coll, fijando la idea de la libertad humana, que definió *la facultad dada por Dios al hombre de escoger racionalmente los medios mas conducentes á su fin, que es el bien y la felicidad.* Atraídos incesantemente ácia esta y aquel segun lo concebimos, somos libres en cuanto á los medios, pero no en cuanto al objeto que no podemos menos de apetecer, y en el cual es imposible equivocarnos una vez ilustrados por la revelación y por la moral de Jesucristo. La libertad es propiamente la que caracteriza al hombre y le distingue de los brutos guiados por su instinto y de los ángeles confirmados en gracia é impecables. Rectificó los erróneos sentidos de la palabra, no menos que las absurdas aplicaciones del principio; y demostró los incalculables daños que en la sociedad produce su falseamiento, ora proceda del capricho de la autoridad, ora de los desmanes de la muchedumbre. Prívanos del placer de copiar algunos pasajes de este discurso la circunstancia de ser constantemente improvisados los de este instruido sacerdote, en los cuales la importancia de las ideas y el vigoroso enlace de los pensamientos suelen ir revestidos de una dicción limpia y clara y de un estilo natural, sobrio de ornatos sin ser descolorido.

Hoy pronunciará D. José M.^o Quadrado su primer discurso sobre los *males de la época y sus remedios.*

El miércoles próximo en la iglesia de San Cayetano á la hora de costumbre continuará el Pro. don Juan Maura sus conferencias, versando la segunda sobre los *misterios de la ciencia comparados con los misterios de la fe.*

ADVERTENCIAS.

Con este número, que es el primero del tercer tomo de la UNIDAD, se reparte la portada del anterior y el índice de materias que ha de ir al fin. En el que hoy empieza, despues de las conferencias cuaresmales de D. Juan-Maura, se irá publicando *la Moral Católica* del inmortal Manzoni, traducida del italiano, precioso opúsculo apenas conocido entre nosotros á pesar de la celebridad de su autor y de su intrínseco mérito, en que se rebaten las objeciones mas comunes aun hoy dia contra las doctrinas de la Iglesia.

Además, continuando la publicación de los *Ensayos religiosos, políticos y literarios* del director de esta revista, de los cuales se imprimió ya en 1854 el tomo concerniente á la parte religiosa, principiará á salir desde este mes el primer volumen de los *Ensayos políticos* por entregas mensuales de 32 páginas, del mismo tamaño y letra que aquel, cuyo precio será de un real vellon para los suscritores á la UNIDAD y de real y medio para los que no lo sean.